

Denes Martos



**La Nueva Editorial Virtual
Buenos Aires - 2015**

HISTORIA ANTIGUA

Joaquín no es un tipo fácil de encontrar. Aparte de su nunca admitida pero bastante conocida pertenencia a uno de los servicios de inteligencia más importantes del planeta, aparte de sus múltiples viajes por vaya uno a saber cuántas partes del mundo, no es muy amigo de hacer eso que él llama “franela social”.

Sin embargo, aquella tarde lo tenía frente a mí en la mesa de La Esquina, esa confitería sobre la peatonal en donde era casi tradición encontrarse con sujetos como él. Los agentes de inteligencia son unos personajes por demás raros. Por un lado cuidan su identidad como si al hacerla pública perdiesen la virginidad y, por el otro lado, tienen costumbres perfectamente previsibles. Por ejemplo, la de frecuentar prácticamente siempre los mismos lugares. Más de una vez pensé que hubiera bastado sacar una fotografía del interior de La Esquina todos los días después de las seis de la tarde para tener en la mano, al cabo de dos o tres meses, la galería completa de todos los agentes de inteligencia que se mueven en el ambiente. Periodistas incluidos, claro. Y eso me hubiera comprendido a mí también, por supuesto. Aunque nunca tuve nada que ver con los “servicios”. . .

Bueno, está bien. No me lo crean. Digámoslo de otra manera: nunca estuve incluido en la nómina de ninguna central oficial de inteligencia. Y eso sí que es verdad.

Como les decía, Joaquín no era muy amigo de hacer sociales. Pero a veces conmigo hacía algunas excepciones. Sucede que nos conocíamos muy bien. Desde la época del colegio. Habíamos participado de variadas y múltiples calaveradas, algunas de ellas de tono político, cometidas rozando el ámbito de esa zona gris que bordea lo que los abogados llaman asociación ilícita. Para decirlo en términos más simples: habíamos hecho varias macanas juntos y nos teníamos confianza. Algo relativamente poco habitual en el ambiente.

– ¿Cómo anda lo tuyo? – preguntó mirando vagamente hacia la puerta de la confitería (siempre se sentaba de frente a la puerta; nunca de espaldas.)

– La versión corta es “bien”. Después tengo la versión larga, si te interesa. – le contesté con una de mis frases hechas.

– No gracias, con “bien” me alcanza.

Hablamos de bueyes perdidos un rato hasta que al final Joaquín decidió que era tiempo de concretar.

– Me dijeron que querías verme. ¿Algún problema?

– Mirá. . . No. No en lo personal. Pero estoy trabajando en un asunto y no me cierra. No me cierra para nada, y pensé que quizás me podrías dar una mano.

Se quedó callado. Tomó un trago de su café, se rascó la barbilla y me miró como preguntando “. . . ¿y? . . .”

– Es lo de Aráoz Cabrera – puntualicé.

Hizo un gesto como queriendo decir “¡Regio quilombo!” pero se limitó a comentar en su más frío tono profesional:

– Eso es complicado.

Entendí el mensaje. Se estaba poniendo en guardia. Su comentario, traducido al lenguaje del común de los mortales pedestres significaba: “No me preguntes demasiado, hay cosas que no te puedo decir”. ¡Estos espías! – pensé – ¡Siempre jugando al misterioso! Siempre reservándose información, o por lo menos haciendo como que saben más de lo que dicen para mantener la imagen. Es casi una deformación profesional en ellos.

– No te voy a preguntar quién lo hizo – le aclaré – No te digo que no me encantaría saberlo pero eso no es lo que me molesta.

– ¿Y qué es lo que te molesta?

– Lo del nuncio.

– ¿Lo del nuncio?

– Sí. Lo del nuncio. Y no me vuelvas a decir que es complicado.

Joaquín sonrió y se quedó pensando unos instantes como quien ordena mentalmente su exposición, sopesando con cuidado lo que va a decir y lo que va a callar. Es realmente un buen profesional; tengo que admitirlo. Justamente por eso no lo apuré y dejé que se tomara su tiempo.

De hecho, Joaquín tenía razón. El asunto realmente era complejo. Un verdadero rompecabezas de acontecimientos muy extraños y de especulaciones más inverosímiles todavía. El Dr. José Alberto Aráoz Cabrera había sido ministro de Salud Pública hasta hacía poco tiempo atrás. De acuerdo con su imagen pública había sido un médico de personalidad suave, amable, educado, con un razonable sentido del humor y la mejor disposición del mundo a atender cualquier consulta. Parecía un médico de barrio, o un médico rural. De ésos que atienden partos, gripes, alguna que otra apendicitis y conocen a todo el mundo literalmente desde la cuna hasta el sepulcro.

Pero esa imagen engañaba. Detrás de la amabilidad y la gentileza había una voluntad inquebrantable y una capacidad de trabajo fenomenal. Y, cosa rara – por no decir rarísima en un funcionario público de hoy en día – una honestidad a prueba de balas. Incluso a prueba de sobornos.

Con esas cualidades, a ninguno de nosotros nos extrañó que la gestión de Aráoz Cabrera tomara un curso de colisión apenas dos o tres meses después de asumir el cargo. Empezó enfrentando a los laboratorios. Después armó un tremendo escándalo jurídico acerca de la Ley de Patentes y prácticamente demostró que, en su momento, la ley había resultado aprobada gracias a la compra de legisladores con dineros provenientes de una embajada. No contento con eso, se peleó con medio mundo por el presupuesto de salud pública pero, ni bien hubo logrado un sustancial aumento y un visible mejoramiento en los hospitales públicos, arremetió contra los precios y las prestaciones de las empresas de medicina privada. Para colmo, en la volteada cayeron también los manejos de las obras sociales sindicales.

Pero lo que provocó la hecatombe fue que, por esas cosas que tienen las complicidades y las convergencias de intereses, no hubo forma de evitar que las investigaciones se ramificaran hacia los territorios ocupados por el narcotráfico. Cuando se incautaron más de veinte toneladas de cocaína en la bodega de un barco de bandera europea amarrado en el puerto la cosa estalló salpicando con sospechas y acusaciones a medio mundo.

Ahí fue donde a Aráoz Cabrera le empezaron a pasar la factura. En el revoleo de acusaciones y sospechas, toda una jauría de abogados y periodistas le armó un escenario que le hizo la vida imposible. En pocas palabras, lo acusaron de haber usado su fachada de incorruptible y abanderado de los enfermos pobres para cubrir una supuesta complicidad con los narcos. ¿Por qué el ministro nunca había avanzado contra los narcotraficantes? ¿Por qué en su ataque a los laboratorios nunca se había ocupado de los laboratorios clandestinos? ¿Por qué esa sospechosa laguna en la hiperactividad de un ministro enfrentado con todos menos justo con los carteles de la droga? Para hacerla corta: al final, como era obviamente previsible, Aráoz Cabrera terminó renunciando.

Y después de eso pasaron cosas raras. Muy raras.

Por de pronto el ex-ministro prácticamente desapareció. Durante semanas enteras no dio conferencias de prensa, no concedió entrevistas, no se manifestó en forma alguna. Ni siquiera se supo su paradero. Se lo tragó la tierra y durante un buen tiempo el premio mayor para cualquiera de nosotros, los periodistas, consistió en ubicarlo y arrancarle una entrevista. La campaña contra él, sin embargo, no sólo continuó sino que incluso fue en aumento. Le inventaron las acusaciones más

inverosímiles y por fin consiguieron armarle una imagen de monstruo prófugo de la justicia.

El público, naturalmente, se tragó el pescado podrido. Hasta el día en que, por una infidencia, se conoció la dirección de la casa en San Miguel, provincia de Buenos Aires, en la que se había refugiado el ex-ministro. En cuestión de tan sólo unas horas toda una muchedumbre se congregó frente al lugar agitando pancartas, tocando bombos, gritando insultos y amenazas. Aráoz Cabrera cometió el error de abrir la puerta y salir a enfrentar la multitud para tratar de dar su versión de los hechos. No lo dejaron ni empezar a hablar. Superando el sospechosamente débil cordón policial que cubría la entrada, la multitud llegó hasta el ex-ministro y empezó a insultarlo, escupirlo y golpearlo.

El hombre falleció pocas horas después a consecuencia de un paro cardíaco y una docena de otras complicaciones.

Hasta ahí la historia oficial.

Sucede, sin embargo que, al día siguiente se publicó otra noticia. En los bosques de Palermo la policía halló el cuerpo de un hombre que se había suicidado ahorcándose. Lo encontraron colgando de un árbol. Retiraron el cuerpo, establecieron la identidad, investigaron el domicilio, obtuvieron la orden de allanamiento y entraron.

Dos horas más tarde publicábamos en todos los medios que, Ramón Aguirre, el ex-subsecretario de Políticas Regulación y Fiscalización Sanitaria del ministerio de Salud de la Nación durante la gestión de Aráoz Cabrera, había aparecido misteriosamente colgado de un árbol en Palermo. Por supuesto, todos los titulares preguntaron “¿Suicidio o Ajuste de Cuentas?”. Y por supuesto que la cosa daba como para dudar. Pero, al margen de que incluso a mí me entraron una buena docena de dudas, no fue eso lo que más me molestó.

Lo que me molestó fue una fotografía.

En un semanario apareció la fotografía del personal policial al momento de salir del allanamiento del departamento de Aguirre. En esa foto se veían dos policías de uniforme, tres de civil, otro que supongo sería el fiscal y, casi en el fondo, medio tapado por el supuesto fiscal, una cara que – y no tengo ninguna duda – era la del nuncio apostólico. En ninguna nota se lo mencionaba. Más todavía: apareció solamente en la foto de esa revista y en ninguna otra. Peor todavía: en otra foto, de otra revista, tomada casi exactamente desde el mismo ángulo (y hasta apostaría que por el mismo reportero gráfico) la cara ya no aparecía. Alguien había pasado la imagen por el Photoshop antes de publicarla. Eso era evidente.

– Aráoz se compró demasiados enemigos – dijo por fin Joaquín.

– ¡Aleluya! Ahora decime algo que yo no sepa. También era un buen tipo.

– Era un buen tipo.

Joaquín pisó el palito. Con esa afirmación me estaba confirmando, sin decírmelo expresamente y sin haberlo yo preguntado, que lo habían investigado y no le habían encontrado nada. Con eso, yo ya tenía un dato; ahora tenía que tener cuidado con mis preguntas. A Joaquín nunca le gustó que lo madruguen.

– Y Aguirre tenía el culo sucio – agregué con cuidado.

– Aguirre lo entregó. – replicó, categórico.

– No te voy a preguntar a quién. Pero lo del escrache frente a la casa no fue espontáneo.

– ¿Por qué lo decís?

– ¡Vamos Joaquín! Demasiado lejos de la capital, demasiado rápido, demasiado violento. Esas cosas no se arman tan así y con gente común tampoco se llega a ese grado de violencia. Prácticamente lo molieron a palos. Si el pobre tipo no moría del paro cardíaco hubiera muerto de la paliza que le dieron. Eso no lo hace gente común.

Joaquín se quedó callado por unos segundos y después, como alguien que se decide por fin a sacarse un peso de encima dijo:

– No murió de un paro cardíaco.

Me quedé mirándolo. Ésa no me la esperaba.

– ¿No?

– No. Murió de una puñalada en el costado derecho. Afectó pulmones y quizás el corazón. No lo sé.

– ¿Y por qué taparon eso?

– Porque, mi estimado, así son las cosas. Por más que seas una buena persona, si te tirás a todo el mundo en contra, sobre todo si te peleás con los que tienen el poder y el dinero, a la larga te crucifican.

– No te voy a discutir eso pero, ya que hablamos de crucifixiones, decime: ¿qué hacía el nuncio en el allanamiento del departamento de Aguirre?

– ¿Quién te dijo que estuvo ahí?

Saqué la revista de mi portafolio y se la mostré.

– Si éste no es su Excelencia me como la revista; – comenté – y en esta otra – agregué, sacando la que tenía la imagen manipulada – alguien lo photshopeó alevosamente. Es casi la misma foto. En una está y en la otra no. No me vengas con vueltas ahora: ¿está el Opus metido en esto?

Joaquín suspiró.

– Puede que esté; puede que no. No estoy para nada seguro. Te juro que no lo sé. De cualquier manera, eso es irrelevante. La Santa Madre no tuvo nada que ver con el asunto en sí. Ni fueron ellos los que lo hicieron ni fueron tampoco los que lo mandaron hacer. Por lo que yo sé, los curas aparecieron de pronto, y solamente al final. Cuando todo ya había pasado.

– ¿Para. . . ?

– Para recuperar una cajita.

– No me jodas Joaquín. ¿Qué cajita?

– Mirá. Por lo que pudimos saber y por lo que te puedo contar, la cosa fue más o menos así. Aguirre lo traicionó a Aráoz Cabrera. Y eso a pesar de que había sido alumno suyo en la facultad. A pesar de ser uno de los hombres de confianza del ministro siempre fue el que informaba sobre las actividades de su jefe y maestro. Y no me preguntes a quienes informaba porque hay toda una patota. Cuando a Aráoz lo rajan del ministerio el hombre se recluye en esa casa de San Miguel. Me consta que el que revela la dirección de la casa a la patota es Aguirre. Después, el resto es cuestión de algunos contratados y unos cuantos pelotudos que nunca faltan.

– Me quedaste debiendo lo de la cajita.

– Aguirre era un coleccionista fanático, casi te diría compulsivo, de medallas y monedas. Un loco de la . . . ¿cómo se dice? ... la ... la numismática. Dicen que la colección que dejó vale una fortuna. Después que lo encuentran colgado de un árbol en Palermo, van y allanan su departamento. Todo lo que sé es que, antes o durante ese allanamiento, alguien de la nunciatura hace unas cuantas llamadas telefónicas y después el propio nuncio en persona aparece por ahí gestionando una caja de la colección.

– Pero ¿qué tenía esa caja?

– Monedas, tarado. ¿Qué iba a tener? ¿No te dije que el tipo era un numismático compulsivo?

– Pero Joaquín. No me vengas ahora con que el nuncio apostólico es un coleccionista tan compulsivo como el muerto y aprovechó la volteada para hacerse de un par de monedas raras por izquierda.

– No fue por izquierda. Después se hizo una presentación formal. Según la nunciatura, esa caja fue robada de los sótanos del Museo del Vaticano hace unos diez o doce años atrás. Oficialmente no fue más que una restitución. Por lo demás, ¿qué querés que te diga? Hasta ahí llego. Es lo que tengo.

– ¿Sabés por lo menos de qué clase de monedas estamos hablando?

– Me dijeron que eran de plata. Denarios o algo así. Monedas romanas en todo caso. Una caja con treinta monedas de plata.

Quedamos mirándonos.

– ¿Estás seguro? – pregunté al fin.

– Para mí es A1. – me respondió y me quedó claro que no quería seguir con el tema.

No hablamos mucho más aquél día. Nos quedamos todavía un rato hasta terminar el café que, dicho sea de paso, ya se había enfriado.

– Lástima por Aráoz Cabrera. – dije al despedirnos – Fue un buen tipo.

– Sí. Fue una buena persona. Algún día a lo mejor se le hará justicia – aventuró Joaquín.

Me fui caminando. No tenía ganas de tomar un taxi. Sabía que tenía una historia. Una buena historia. Pero también sabía que no la iba a poder publicar jamás en ningún medio. Por otra parte, lo irónico era que, por excelente que fuese la historia, no era nueva. Bien mirada, era un *déjà vu*. Algo así como la confirmación de que la Historia se repite y se seguirá repitiendo con distintas espirales y en distintos contextos hasta el fin de los tiempos. Era una historia que ya había sido contada. Y más de una vez.

Casi sin darme cuenta, en mi caminata, llegué al pie de la lomada sobre la que está Parque Lezama. De pronto, mirado la iglesia ortodoxa rusa sobre la calle Brasil me imaginé otra lomada, otro monte. Con una cruz. Con un soldado romano llamado Longino hundiendo su lanza en el costado derecho del Crucificado. Y un traidor que fue y se ahorcó después de haber entregado a su Maestro.

Por treinta monedas de plata. . .

Historia Antigua. Realmente.

Sólo espero que esta vez, en Roma, las guarden bien guardadas. . .